

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



Fot. A. Torija.

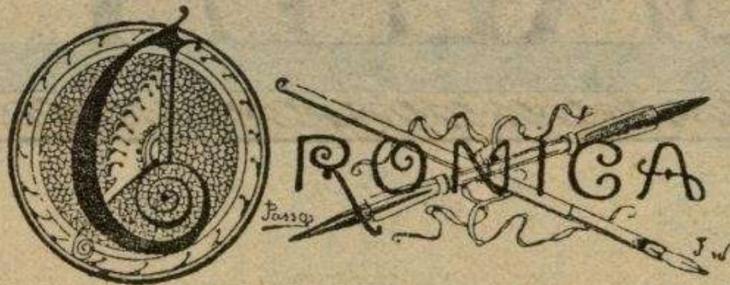
Adela Leyda

# LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO  
**DANIEL ORTIZ**

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.  
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »  
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



**D**OÑA Rosario de Acuña, una escritora que le ha dado por ser librepensadora, ha escrito una sosería que se titula *El Padre Juan*, drama láico y con tendencias cursi-demoledoras.

Los que asistieron la primera noche á su representación gozaron indeciblemente con las tendencias sociales de la obra, no por lo que ellas eran en sí, sino por la poca lacha con que fueron expuestas.

Todos exclamaron:—No tenemos obra para veinticuatro horas.

Pero á D.<sup>a</sup> Rosario de Acuña le ha salido un angel en forma de gobernador de Madrid.

Éste señor ha hecho el papel de Cristo con ese Lázaro que se llama *El Padre Juan*, y le ha dicho:—Levántate y anda.

Para hacer andar á eso pobre diablo de *Padre* no ha hallado mejor medio que prohibir su representación.

¿Prohibición has dicho? Pues cádate ahora que todo el mundo ha querido enterarse de la obra y los ejemplares se ven len como pan bendito.

—¡*El Padre Juan*! ¿Ha leído V. *El Padre Juan*?

—¿Quién es ese señor?

—El protagonista de una obra que ha sido prohibida por el gobernador de Madrid.

—Pues venga ese *Padre*.

Claro que uno lee la obra y se le cae el alma á los pies del tal señor Juan; pero el libro queda vendido y D.<sup>a</sup> Rosario popularizada.

Yo no sé si el gobernador de Madrid llevará la cuarta en la venta de ejemplares, pero no se puede explicar de otro modo su singularísima medida.

Yo ya sé lo que va á pasar en Barcelona; que en seguida van á poner en escena *El Padre Juan*.

El Gobernador de aquí no es como el gobernador de allá y tiene la manga mucho más ancha.

Con ánimo de curarme en salud he escrito las precedentes líneas; yo no deseo ver representada la obra en Calvo y Vico ú otro cualquiera coliseo destinado á crímenes nefandos.

No; para siplezas nos basta con las que aquí nos sirven en forma de piecitas flamencas.

\* \*

Rodriguez Correa y Luis Alfonso se han resentido por algo que les ha dicho Clarín, y han protestado llamándole envidioso.

Es lo que dicen todos los fustigados por el terrible crítico.

Nadie sabe todavía lo que Clarín tiene que envidiar á esos buenos señores.

A buen seguro que no es el ingenio, ni la perspicacia, ni los conocimientos, ni el *savoir faire*.

Lo que hay aquí es que los pandillajes literarios han estado privando unos cuantos años sin que nadie les pusiese coto, hasta que el crítico *aborrecido* ha venido con sus crudezas á poner las cosas en su verdadero lugar.

Clarín tiene casi siempre razón, y hasta en su polémica con Manuel del Palacio hubiera quedado cien codos por encima de su adversario, sin aquel malhadado soneto taurino que digustó á todos. No por la cosa en sí, sino porque zahería á inocentes que andando el tiempo pueden enterarse.

Yo ya sé que hasta eso tiene su disculpa. Harto Clarín de oirse llamar *gallina* sin verdadero motivo, fué á buscar una ofensa grave sin miramiento de ningun género.

¿Hizo bien? De ningun modo.

Más serenidad esperábamos de él los que le leemos y admiramos.

Comprendemos los disgustos que su afan de decir la verdad le han de acarrear todavía, porque con todo se transige menos con eso. Horas amargas le esperan, el tolle-tolle de los ofendidos va á levantar tempestades; pero tiene en su apoyo el asentimiento de todas las personas imparciales.

Generalmente vemos tras el ataque al individuo, la cosa en donde hace blanco Clarín.

¿Qué culpa tiene él de que la sosería, la ridiculez, la vanidad, el odio y demás pasiones se encarnen en literatos más ó menos apreciables?

Nada, que siga adelante.

Y que le llamen envidioso y cobarde... Eso *ray*, que decimos aquí. Todos sabemos que no es verdad.

\* \*

¡Otra ilusión perdida!

Ahora resulta que el emperador Nerón gastaba tambien lentes como cualquier sietemesino de vista cansada.

Todos los descubrimientos relativamente modernos van resultando plagios.

La imprenta, la descubrieron los chinos antes que Guttemberg.

La pólvora no es, segun se dice, más que el famoso fuego griego.

Tambien el teléfono y el fonógrafo se asegura que es invención antigua.

No somos nada; unos meros plagiarios.

De lo único que nos podemos gloriarnos los modernos es de haber inventado el género flamenco.

No creemos que Nerón se haya peinado á lo pan y toros y se haya dado unas pataditas al son de la guitarra, ni que los griegos usasen navaja y botina pespunteada, ni que los chinos dijese ¡ole tu mare! ni ¡en el mundo! á sus chatas y asquerosas paisanas.

Sin embargo, el mejor dia un arqueólogo des-

cubre en unas escavaciones las señales de haber existido el flamenquismo en el arca de Noé ó entre los mismos hijos de Henoch.

Porque bolas mayores se están descubriendo. En las escavaciones, naturalmente.

ELIDAN

## FANNY LA JORNALERA BALADA DE WALTER PHES

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS)

### I

En noche tormentosa, oscura y fría,  
por las calles de Londres discurría  
Mister Wiliam, el célebre banquero,  
alto, rubio, soltero,  
joven de distinguida educación  
y dueño de unas minas de carbón.  
Pensando en sus negocios, abstraído,  
sin rumbo conocido

sus pasos encamina  
á una calle desierta,  
y al dar vuelta á una esquina  
se encuentra á una mujer, joven, divina,  
recostada en el quicio de una puerta.

Detiene el paso Wiliam, vacilante,  
contempla á la mujer, duda un instante;  
por fin se acerca á ella  
y al mirarla tan bella

le pregunta sensible y cariñoso:  
—¿Qué haces aquí, infeliz? ¿Cómo se explica  
que te entregues á un sueño peligroso  
si tu cuerpo está helado?

Y con acento débil y angustiado  
le contesta la chica:

—Busco, señor, reposo  
al cuerpo fatigado.

—¿Tu nombre?

—Fanny.

—¿Y qué eres?

—Jornalera.

—¿Casada acaso?

—No, señor; soltera.

—Tienes padres?

—Los tuve.

—Lo supongo.

Y vives sola?

—Sola como un hongo.

—¿Y cómo aquí te encuentras acostada  
sin miedo al frío y sin temor á nada?

—¡Ay, señor! ¡Que mi vida es un martirio!  
Vencióme el hambre y me rendí al momento  
como se abate el lirio  
al rudo soplo de huracán violento.

—¡Infeliz! ¡tienes hambre!

—¡Ah! ¡Sí! ¡Canina!

—¡Pues, toma!

—¿Qué me dais?

—Busca alimento.

Una libra esterlina.

—¿Una libra, señor? ¡Es demasiado!

—Con ella puedes aliviar tu estado.

—Dadme un cheling no más. Es suficiente  
para poder tomar algo caliente.

—¡Oh, mujer sin igual! ¡Serás dichosa!

Con ese rasgo de honradez patente  
demuestras lo que vales, Fanny hermosa.

—¡Yo te ofrezco mi mano!

—Señor!

—Te juro que serás mi esposa!

—Mi condición, señor...

—¡Nada me inquieta!

No temas, no, que yo te desampare.

Ahí tienes mi tarjeta.

«307—Rovisnor-Square.»

### II

La promesa de Wiliam no fué vana.  
En dorada mansión una mañana  
un cura protestante  
de barbudo semblante,  
echó su bendición á los esposos,  
y hoy viven muy dichosos  
cargados de chiquillos y dinero  
la pobre Fanny y Wiliam el banquero.

Me dirán ustedes que es  
muy sosa esta poesía  
y que no tiene interés...  
Pero la culpa no es mía,  
sinó del autor inglés.

VITAL AZA

## INFORMES

**P**UES, señor, me decido á contar á usted parte de mis desventuras. Yo necesito un consejo ó dos para arreglar mi plan de conducta: de otro modo ni sosiego ni puedo vivir tranquilo.

El caso es el siguiente:

Figuraos que desde hace algun tiempo soy para varias personas una especie de agente de policia, ó de alcalde de barrio, ó de espia ó de registro, ó de consultor... sí, de consultor, porque todos vienen á consultarme. Como si yo tuviera el don de la infalibilidad, vienen á pedirme informes, datos, parecer y hasta permiso para cosas que maldito si me importa un rábano.

No puedo escusarme; no puedo alejarme de Madrid; no puedo encerrarme en casa... ¿Qué hacer?

Para más pormenores escuchad un momento.

Se trataba del matrimonio de uno de mis amigos. Una mañana me veo entrar en casa un caballero alto, seco y grave.

—Caballero,—me dice,—permitame usted que lo crea hombre de honor.

—Crea usted lo que quiera.

—Los informes que me han dado de usted lo atestiguan.

—Ah! usted ha tomado informes...

—Particulares.

—¿Y con qué objeto?

—Caballero, yo tengo una hija, la alegría, el consuelo, el adorno de mis cabellos grises.

—¡Ah! tiene usted una hija... la alegría, el adorno...

—Sí, señor, y ya comprende usted que soy responsable de su porvenir.

—Hasta cierto punto: adelante.

—Estoy decidido á casarla con uno de mis amigos... el señor X. ¿Conoce usted al señor X?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien; le ruego á usted que me dé informes acerca de su conducta.

—¿Yo?

—¡Se lo suplico! Conozco que es usted hombre de honor. Comprenda usted mi situación.

MISERIAS HUMANAS



¡Sarasate! ¡Sarasate! ¡Si me hubiesen oído á mi tocar cuando se casó Isabel II!



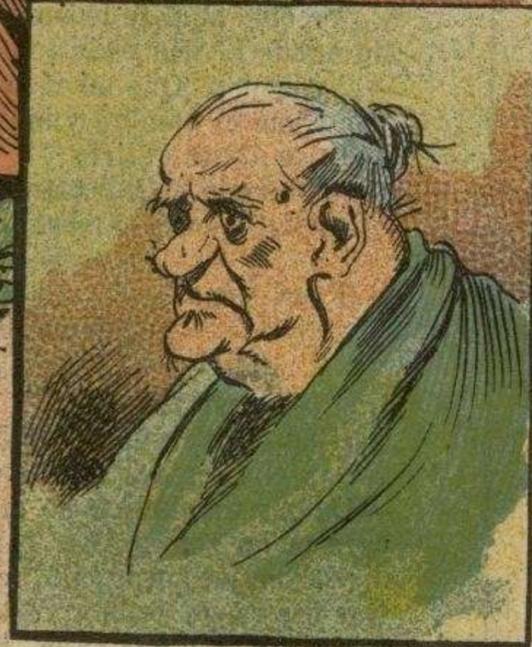
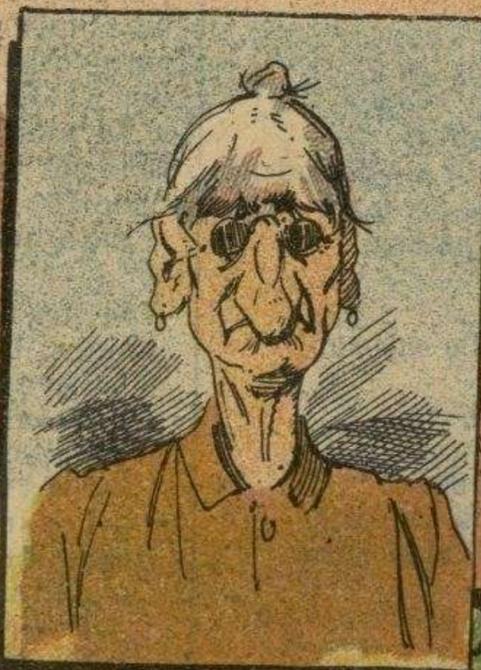
¡Y pensar que todos mis amos andaban locos por tirarme pellizquitos!



¡Si yo hubiese ido á la guerra cuando era j6ven, qu6 brillantes hechos de armas hubiese realizado!

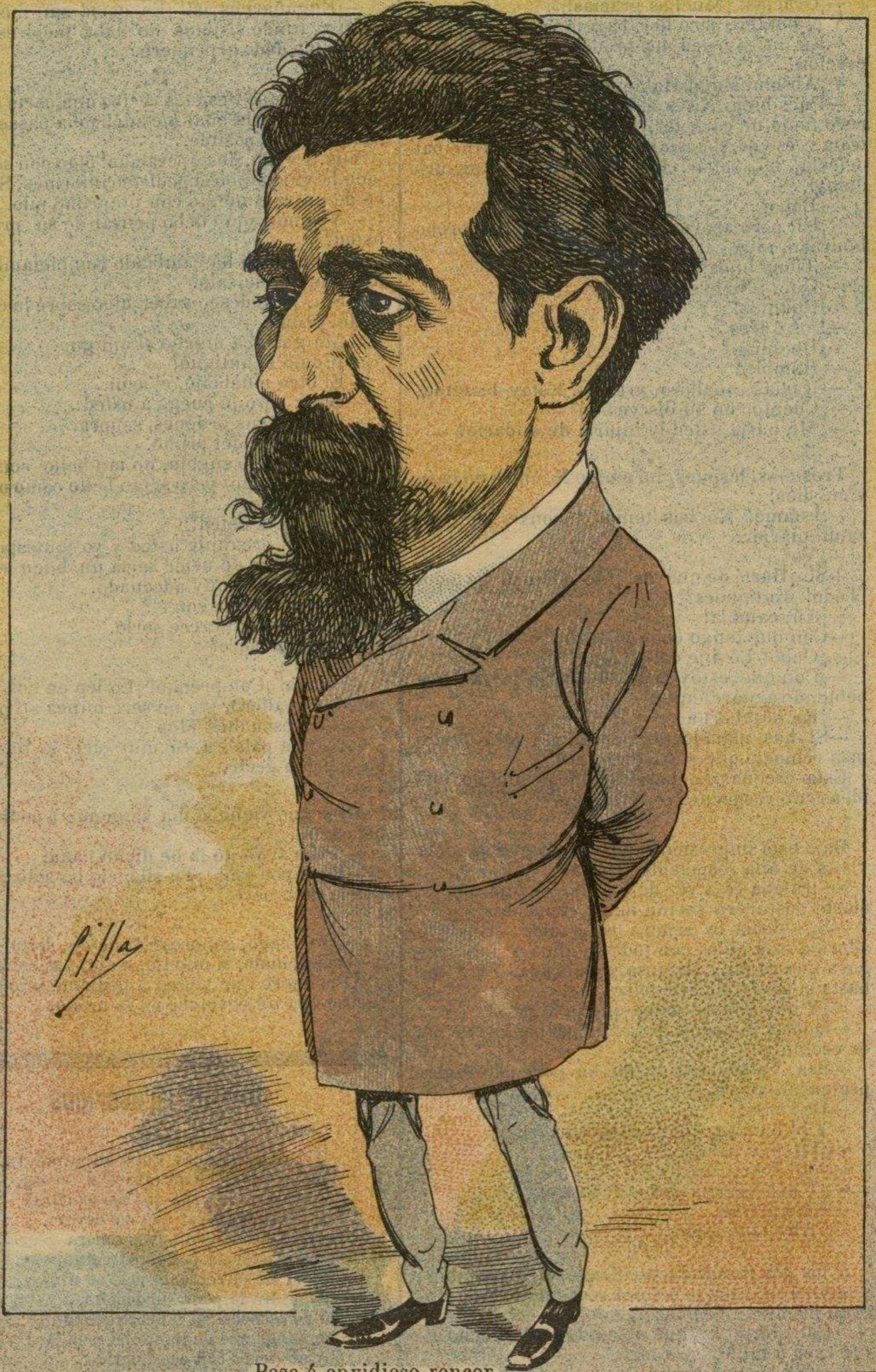


¡Lo que yo podía aún haber hecho con los toros si no hubiese echado grasa!



Los tres primeros premios de belleza de un certámen celebrado en 1803.

FEDERICO SOLER



Pese á envidioso rencor,  
todos le celebrarán  
como poeta y autor,  
y á más como fundador  
del teatro catalán.

—Pero, caballero, yo...

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!...

Y el hombre seco lloraba á lágrima viva.

—En fin, si usted me promete absoluta discreción...

—¡Absolutísima! Hable usted.

—Pues bien: X. es el mejor chico del mundo pero tiene un carácter... ¿Cómo diría yo? Detesta... eso es, detestable. ¡Y no es su principal defecto, no, señor! El principal es el aguardiente.

—¿Bebe?

—¡Uf! pero aparte de eso es un hombre probo honrado, muy cariñoso para sus hijos...

—¿Tiene hijos?

—¿Qué? ¿No lo sabía usted?

—¿Cuántos?

—Dos ó tres.

—¿De quién?

—¡Hombre!

—Gracias caballero, gracias. Estoy decidido.

—¿Cuento con su discreción?

—¿Me haría usted la injuria de dudarle?

\* \*

Tres días despues, mi amigo X. entra en casa y me dice:

—¡Infame! No has tenido inconveniente en calumniarme.

—¿Yo?

—Sí. ¡Hazte de nuevas! ¡Me lo han dicho todo! ¡Todo! ¿Entiendes?

—¡Ah, canalla!

—Con que tengo ocho hijos, eh?

—¿Ocho? Le dije dos ó tres.

—¿Con que estoy todo el día en la taberna bebiendo aguardiente?

—¿En la taberna?

—Si has matado mi porvenir... ¡No tengo más remedio que pegarte un tiro!

Esta escena me hizo modificar mucho mis ideas con respecto á *los informes*.

\* \*

Bajo esta impresión recibo á poco tiempo la visita de una respetable señora.

Se trataba esta vez de un hijo enamorado de cierta costurera vecina mía y conocida.

—Si,—decía la señora respetable.—Gustavo adora á esta chica con toda su alma y me asegura que es muy virtuosa y honrada. Esto me basta si ha de hacerle feliz.

—¿Y qué quiere usted que la diga?

—Quería informes de la muchacha. Usted que es vecino y...

—Sea. La señorita X. me ha parecido siempre encantadora.

—De veras?

—Y el hombre que la ame será feliz.

—¿Lo cree usted?

—¡Oh! Estoy seguro!

—¿Y sus costumbres, caballero?

—Ejemplares!

—¡Ah! ¡Qué dicha!

\* \*

A los dos meses de verificado el matrimonio vuelve á mi casa la señora respetable. Sus ojos eran los de un basilisco.

—Caballero, ¿en qué abismo nos ha hecho usted caer á mi hijo y á mí?

—¿Eh? No comprendo.

—Su vecina era una coqueta. Mi hijo va á morir de celos y yo de un berrenchin.

—¿Será posible?

—¡Engañarnos así! ¡Es usted un miserable! Mi segundo sistema no daba mejores frutos que había dado el primero.

\* \*

Poco tiempo despues recibo una carta de cierta viudita, en la cual me suplicaba pasase á su casa lo antes posible.

Voy... y ¡oh, desesperación! oigo con sorpresa que la viuda queria pedirme informes. Se trataba de un casamiento con un primo mío.

—Veamos, ¿qué debo pensar de su primo de usted?

—¡Ah! Usted ha cambiado completamente el mueblaje de la sala.

—Sí... pero deseo saber algo sobre la conducta del primo.

—Me gustaba mucho el antiguo.

—¿Cómo el antiguo?

—El otro mueblaje, el azul.

—Bien; pero le ruego á usted...

—Estoy á sus órdenes, señora.

—Hablemos del primo.

—Es un bello sugeto, no tan bello como otro primo que tengo; pero si tan bello como otro que es menos bello.

—¿Se burla usted?

—No tal; pregunte usted y yo contestaré.

—¿Su primo de usted sería un buen marido?

—Un marido muy adecuado.

—¿Seré dichosa con él?

—¡Ah! usted merece serlo.

—¿Pero lo seré?

—Señora....

—¡Basta! ¡Comprendo! ¡Lo leo en sus ojos de usted! Caballero, ¡yo no seré nunca su prima!

—¿Qué escucho? Mas...

—Ni una palabra. Sé muy bien lo que usted ha querido decir.

\* \*

Mi primo viene al día siguiente á pedirme satisfacción.

—¡Pero si yo no la he dicho nada!

—Pues por eso! ¡Tu silencio ha sido mi sentencia de muerte!

\* \*

—¿Qué hago, señores? Si hablo, malo; si digo la verdad, malo; si miento, malo, y si callo, peor.

Al primero que venga á pedirme informes le recibo con un revolver en la mano.

L.

## SONETOS FILOSÓFICOS

### XIII.

Triste á tus rejas, Celia encantadora,  
vengo á llorar en mi ansiedad amarga,  
y á contarte la pena que me embarga  
y el continuo pesar que me devora.  
Habla y alivia con tu voz sonora  
de mi existencia la pesada carga,  
pues si mi sufrimiento más se alarga,  
me matará la pena sin demora.  
Tú no escuchas el fúnebre gemido  
que al bañarse de llanto mi mejilla  
doy al viento con eco dolorido.  
¡No lo escuchas! mas, no me maravilla,  
porque estás tan tocada del oído  
que te tienen que hablar con trompetilla.

## XIV.

Sufres, Celia, lo sé; pero en tus ojos  
nunca brilla una lágrima imprudente,  
y el carmín de tu faz resplandeciente  
oculta bien tus míseros enojos.

Oculto muere entre tus labios rojos  
el suspiro que exhalas tristemente,  
y ni una queja en tu ansiedad ardiente  
descubre de tu pecho los abrojos.  
Bien ocultar consigues el tormento  
que va agotando tu preciosa vida  
y trocando tu dicha en sufrimiento;  
bien ocultas también tu fé perdida;  
solo ocultar no sabes, y lo siento,  
que llevas una media descosida.

## XV.

¡Suenan las dos! Desesperado y triste,  
tu nombre invoco, en lágrimas deshecho,  
y el pesar sin segundo de mi pecho,  
de luto eterno el corazón reviste.  
Tú eres el sér que á mi dolor resiste,  
y que fiero me tiene en lazo estrecho,  
y diera por tu amor muy satisfecho  
cuanto en la senda de la vida existe.  
En alas de las brisas bullidoras,  
hoy te mando mis quejas en son ronco,  
amargas cual las lágrimas que lloras;  
mas, de mis ayes el acento bronco  
¡oh, Celia! tú no miras, porque á estas horas  
dormirás en tu cama como un tronco.

## XVI.

No envidio del monarca la grandeza,  
ni del guerrero el lauro victorioso;  
sin envidia contemplo al poderoso,  
sin envidia al que vive en la pobreza.  
No envidio de la cuna la nobleza,  
ni del genio el destello esplendoroso;  
y ni envidio al sujeto cariñoso,  
ni al que á nadie le incline la cabeza.  
No envidio á las personas que se casan,  
é igual miro á los que huyen en verano  
que á los que no se ausentan y se abrasan.  
Tan solo envidio, lo confieso ufano,  
las resmas de papel... porque se pasan  
meses y meses *mano sobre mano*.

## XVII.

No bien dió César al amor primero  
de la cándida Elena, pasaporte,  
dió su mano á una dama de la córte  
que tenía muchísimo dinero;  
Elena, presa del dolor más fiero,  
buscó á su mal en la virtud soporte,  
mas perdido el amor, de su alma norte,  
fué su vida de lágrimas reguero.  
Pasó el tiempo que todo lo refrena,  
y, cuando Elena menos lo temía,  
vino la muerte á sorprender á Elena;  
y ¡oh poder de la humana fantasía!  
el mundo dijo que murió de pena,  
y murió... de estanquera en Almería.

CARLOS CANO.

## MADRILEÑOS Y PROVINCIANOS



s la cuestión del día, como si dijéramos,  
aunque en realidad no hay semejante  
cuestión.

Porque nosotros somos de los que

creemos que el hombre de verdadero mérito, el  
hombre que se distingue por algo que se sale de  
lo vulgar y rutinario, lo mismo brilla en Madrid  
que en el más apartado rincón de nuestra Es-  
paña.

Mil ejemplos podíamos citar en nuestro apoyo,  
sobre todo en ese campo de Agramante que se  
llama la literatura contemporánea.

En crítica precisamente tenemos que lleva  
ventaja la provincia á la capital. En Oviedo Cla-  
rin, en Barcelona Ixart y Pompeyo Gener, en  
Santander Pedro Sanchez y alguno que ahora  
no tenemos presente, en otras provincias, son  
testimonio de lo que afirmamos.

En realidad solo hay dos críticos en Madrid;  
Cañete y Balart. Y aun este último ha comen-  
zado ahora á *re-ejercer*.

De novelistas también estamos mejor por los  
radios que por el centro, y no queremos citar  
nombres.

En periodismo no tenemos tampoco malos  
espadas, y Llorente, Mañé y Flaquer y cien más  
que no quieren salir de la pluma por no atropel-  
larse, ventilan las cuestiones que se relacionan  
con el bien público con claridad, criterio y hasta  
elocuencia.

En provincias escriben Estrañi, Moja y Boli-  
var, Sanchez Ramon, y en provincias brilló  
también el malogrado Relosillas, y cien y cien  
más que se pueden citar al lado de los Cavia,  
Taboada, Matoses, Palacio, La Guardia, Roure,  
Delgado, Aza, y cuantos son el encanto de la  
juventud contemporánea.

No vemos nosotros el motivo de la inquina  
que se tienen provincianos y madrileños.

Por lo que á nosotros toca tenemos el senti-  
miento de decir que no damos gusto á unos ni  
á otros, por no tener *parti pris* por los de acá ni  
por los de allá.

Ensalzamos lo bueno de allá y nos burlamos  
de los faroleros ridículos que deben su nombra-  
día á una aberración del público ó al compadraz-  
go de los periodistas. Y como á los de acá tam-  
bien los conocemos y seguimos con ellos el  
mismo sistema, de ahí que si á los de Madrid y  
los de Barcelona les preguntan por nosotros,  
todos contesten horrores.

No le hace. Es preciso poner las cosas en  
claro.

Madrid es antipático á Barcelona en la cues-  
tión teatral. Por lo general nos dan unos chascos  
monumentales con las obras que son estrepito-  
samente aplaudidas.... en las columnas de los  
periódicos.

Luego representan aquí esas obras, y, vamos,  
hay para renegar del gusto literario de los que  
se nos quieren imponer como maestros.

Además, los autores de Madrid se reservan  
ciertos privilegios abusivos, como, por ejemplo,  
no dejar representen aquí una obra que ha ob-  
tenido éxito en Madrid hasta que ellos vienen  
con su compañía al cabo de seis meses á sacarla  
todo el jugo posible en las representaciones.  
Ramos Carrion, entre otros, suele hacer eso.

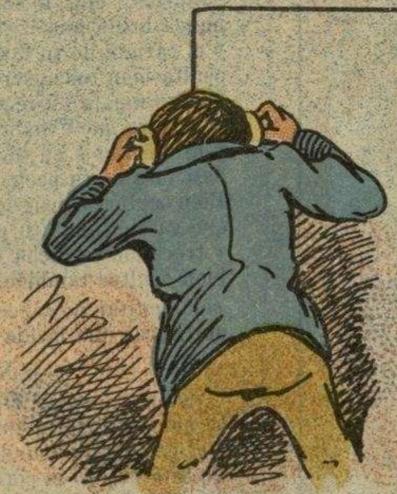
Nosotros si fuéramos propietarios y empre-  
sarios de teatros en Barcelona consentiríamos  
que se arruinase el edificio antes que cederlo á  
autores y compañías que solo tienen por mira el  
lucro personal, importándoseles un ardite la glo-  
ria y demás zarandajas, y que, usureros del  
arte, solo tratan de sacar al papanatas del públi-  
co el trescientos mil por ciento de interés.



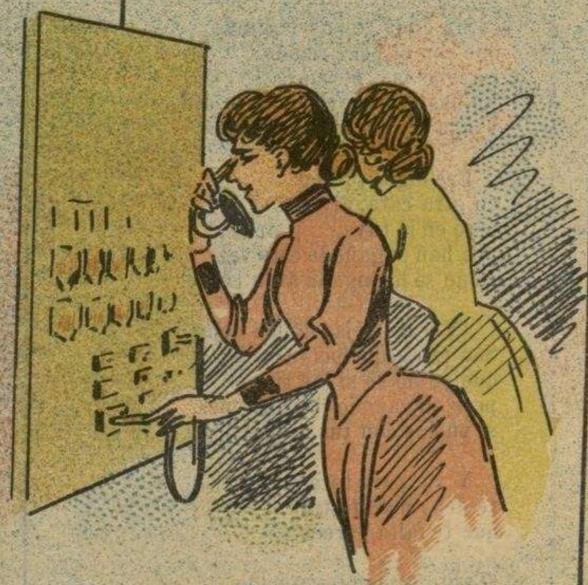
1. —¿Me he dejado ahí el paraguas?



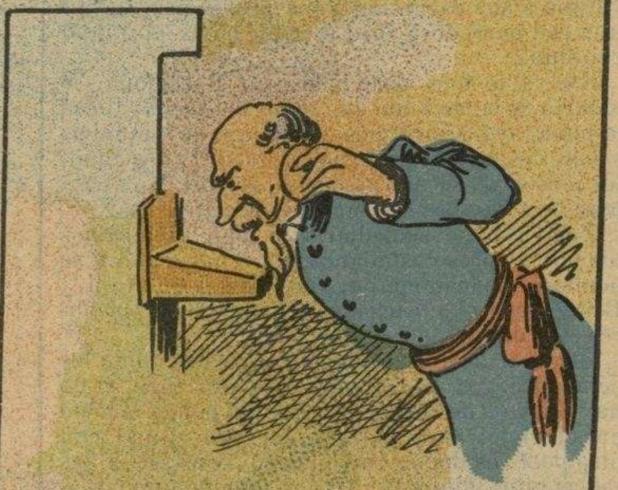
6 bis. —¿Cuál de ellos?



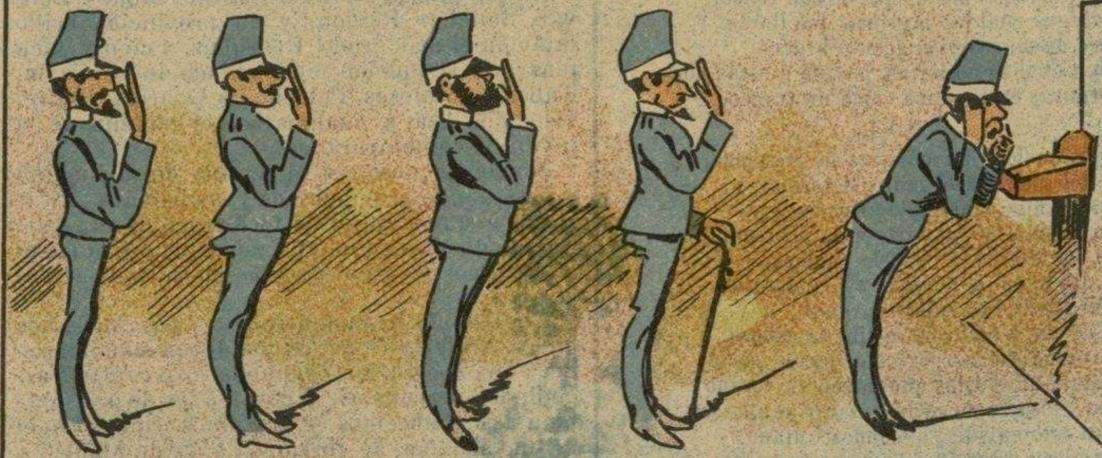
2. —¿Quién llama?



2 bis. —V. dispense; es que se ha cruzado V. con la señora del 69.



3 bis. —Con él está V. hablando.



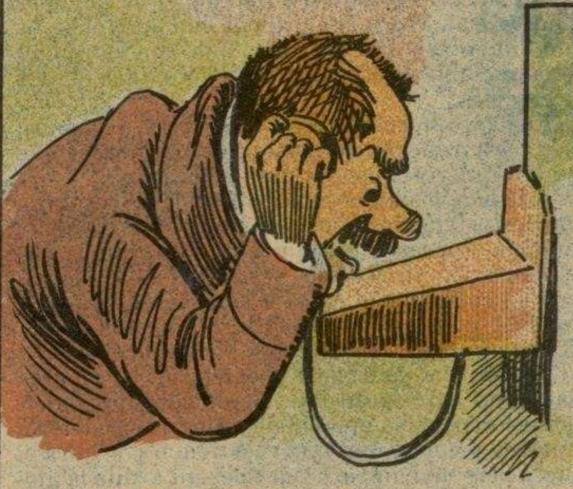
3. —¿Está Su Excelencia?



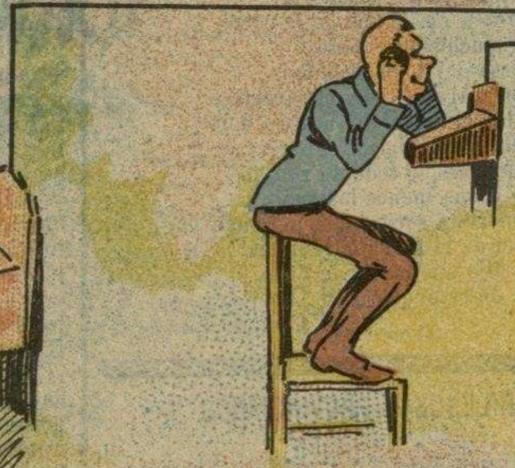
6. —Cuando quiera V. llamar, apriete el botón.



5 bis. —¿Sí?...



4 bis. —Avisame á una hora que no esté tu marido.



5. —Créeme, Irene; hasta para hablarte por teléfono me pongo de rodillas.



4. —Aviseme V. á la hora que sale de casa para romperle la crisma.



1 bis. —Aquí hay uno, ¿es este?

M. Goussier

Nunca se ha cotizado tanto como ahora la farsa teatral, y los autores cuando salen en verano á sus escursiones por provincias, llevan una red barredera para recoger hasta el último céntimo.

Eso ya lo han visto claro en Barcelona. Y todavía, si la obra con que *senos amenaza* valiese la pena, transigiríamos; pero ¡ay! que muchas veces, después de hacernos aguardar unos cuantos meses el bocado exquisito, resulta una cosa pasada y fiambre que no podemos atravesar.

Todo esto se remediaría si aquí tuviéramos buenos autores castellanos; pero hasta ahora se ocultan modestamente, y con decir que Coll y Britapaja es el encargado de hacer obras *populares* está dicho todo.

Otrosi. Hasta Barcelona han trascendido los compadrazgos de los autores madrileños, y no hay escritor de semanario que no ponga el grito en el cielo; pero quieren corregir el mal con otro peor; es decir, que quieren lanzarse á las tablas ellos también. ¡Y Dios sabe que no ganaríamos nada!

Para resumir. En cuestión de obras dramáticas, la provincia está á cien leguas de Madrid; en todo lo demás, no.

Pero también hay que confesar que entre los Echegaray, Aza, Ramos Carrion, Zapata, Ricardo de la Vega y otros buenos autores, se cuelan un sin fin de autorcillos que no valen un comino, y que alientan la protesta permanente de los que aquí emborronan papel y todavía no han visto sus obras en escena.

Si en Madrid se hiciera justicia—que tampoco la hacen, porque miran á los provincianos por encima del hombro—no tratarían con tanto desaire á los que no escriben allí, y cortarían los vuelos á tanto truchiman como está desacreditando con éxito una de las más nobles y gráficas manifestaciones del gusto y el arte como es el teatro contemporáneo.

DANIEL ORTIZ

### Á UNO DE TANTOS.

Ya sé que estás satisfecho del retrato que te han hecho, y un ejemplar dedicado, al efecto, me has mandado ignoro con qué derecho.

¿Quieres, acaso, que yo diga que eres guapo? No; ¡si es imposible decirlo, máxime, cuando á partirlo tu hermosura me tentó!

Pero al fin he decidido puesto que te has atrevido á mandarme tu retrato, hoy que el marco está barato comprar uno y concluido.

Y así, en mis habitaciones admiraré tus facciones, facciones que aunque no quieras me recuerdan á las fieras de peores intenciones.

Esa frente, francamente, todo será menos frente;

y tu boca, si está abierta. de seguro es una espuerta..... ¡Ya ves si soy consecuente!

Sin duda te has figurado que con el pelo rizado estarías más hermoso..... ¡te has propuesto hacer el oso y á la postre lo has logrado!

Ese bigotito fino en otra cara, divino: pero en la tuya..... ¡Pardiez! ¡Te han engañado esta vez cómo se le engaña á un chino!

¿Y á las cejas dónde dejás? Son tan pequeñas tus cejas que yo no sé si las tienes; pero en cambio ¡te sostienes, si vuelas con tus orejas!

Y ya, para terminar, te debo manifestar que te falta parecido

¡Tanto te han favorecido que no lo puedo callar!

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

### LAS PELUCAS



QUISIERA saber quién fué el inventor de las pelucas, para odiarle cordialmente.

Autores muy graves afirman que *peluca* se deriva del vocablo latino *pilus* pelo); otros creen que su etimología viene del griego y que peluca procede de la palabra *pehiké*, que significa en griego *cabellos postizos*.

Me atrevo á creer que esta es la opinión más autorizada y sobre todo, más racional.

Mr. Juan Baustista Thiers, tatarabuelo quizás del famoso presidente de la república francesa, nos dice en su historia de las pelucas que éstas fueron inventadas para encubrir los secretos de los tiñosos; y aunque muchos escritores antiguos desmienten esta falsa hipótesis asegurando que el advenimiento de la peluca se debe á la refinada coquetería del bello sexo, yo tengo para mí (y perdonen ustedes el valor de mis convicciones) que la invención de este ridículo postizo no ha debido brotar de la artística cabeza de una hermosa, y sí, por el contrario, de la pelada mollera de un calvo aburrido.

Y no hay para qué decir que desde tiempo inmemorial vienen siendo las pelucas objeto de sátiras, y hasta blanco de las iras religiosas.

La historia nos habla de un Papa, creo que Clemente IX, que prohibió la entrada de las pelucas en el Vaticano, y el mismo San Anselmo ha dicho que las pelucas revelaban una impudicia condenable y un horrendo disfraz que desfiguraba la cabeza y el rostro.

¡Qué más! Los Padres de no sé qué Concilio celebrado en Constantinopla, se ocuparon con santo ardimiento en las pelucas, anematizándolas y declarando culpables é impíos á los que se atrevieran á usarlas.

Pero ni las sátiras de los poetas ni el santo temor de Dios fueron bastante á evitar que mu-

hos que carecen de pelo vayan á comprarlo á la peluquería, y nadie se *despeluca* por excomunión más ó menos.

Hoy las pelucas se ostentan en todas partes y lo mismo cubren la cabeza del almibarado viejo, como se utilizan para suplir la escasez cabelluda de la encopetada señora. Lo mismo ocultan el vacío cerebello del tonto de capirote, como sirven de tapadera á los profundos pensamientos del sabio intransigente.

La peluca ha llegado á ponerse al alcance de todas las fortunas y de todos los gustos, y desde el modesto recaudador de contribuciones hasta el aristócrata personaje, todos los que después de peinarse por espacio de algunos años han notado la falta de cabellos propios, tomaron de manos del arte lo que la naturaleza les vedaba, y lanzándose en pos de la mentira se taparon con ella la cabeza.

Confesemos, empero, que sin este recurso artístico, cabezas habría de las que pudiéramos decir:

*que más que pozos de ciencia  
parecen quesos de bola;*

por lo cual es hasta cierto punto perdonable el delito de apelar á pelos ajenos.

El mismo Julio Cesar, el gran Julio, que dice Rubí, se avergonzaba de su calvicie y el Senado le otorgó la honra de adornarse perpétuamente con una corona de laurel. (¡Estaría bonito!) Y si un hombre como don Julio, que registra en su historia páginas de gloria inmortal, empequeñecía así su imaginación en este punto, ¿cómo vamos á estrañar que use peluca un simple recaudador de contribuciones que ni es romano, ni puede gastar corona de laurel para andar por casa?

Ahora comprendo que es necesario transigir, que casi empiezo á arrepentirme de haber increpado al inventor de las pelucas en el comienzo de este artículo; porque al fin y al cabo si bien se mira, lo que él ha hecho, más que otra cosa, ha sido una verdadera obra de caridad.

Él se habrá dicho:—La ley de Dios me ordena socorrer al prójimo en sus tribulaciones: un calvo es, antes que calvo, hombre, y antes que hombre, prójimo atribulado, y estoy en el deber de socorrerle. ¿Como? Facilitándole lo que necesita. ¿Qué puede necesitar un calvo? ¿Pelo? Pues hagámosle.

Y pensando, pensando, inventó la peluca que ha logrado sobreponerse á una ley natural, por la que se disponía que algunos hombres no tuviesen pelos en la cabeza, á riesgo de distinguirse, por lo ridículos, de los demás seres de la tierra.

La peluca nos ha hecho á todos iguales y sólo se observa, con bastante estrañeza por cierto, que mientras la edad hace degenerar en blancos los más negros y sedosos cabellos, los *pelucones* llegan á la edad proveccta sin que una sola cana orle su frente.

Lo más que puede suceder es que á fuerza de usarla, pierda la peluca sus naturales encantos y en vez de cabellera abundante parezca un felpudo en estado de putrefacción.

LUIS TABOADA

### A una cursi

Pero escuche usted, señora,  
soltera recalcitrante  
y cursi que me encocora,  
me exige usted sin demora  
unos versos al instante.

—  
¿Quiere usted una poesía?  
Pues yo que en galantería  
soy á veces un atún  
le digo á usted que eso es un  
colmo de cursilería.

—  
¿Quiere que derroche galas  
(por supuesto en coplas malas)  
y hable mucho de las flechas  
del amor, cantando endechas  
á las plumas de sus alas?

—  
Y que nombre el arroyuelo  
que corre por la pradera;  
que hable de la primavera,  
y que sin *venir á pelo*  
nombre el lirio y la palmera.

—  
Que hable de los trinos suaves  
de los pájaros cantores,  
de los nidos de las aves,  
del céfiro y de las flores,  
del sol, del mar, de sus naves.

—  
De su tormenta y su calma,  
como consonante de *alma*,  
de las nacaradas perlas  
(sin haber logrado verlas)  
del laurel y de la palma.

—  
Y en este estilo, la mar  
de cosas que no comprenden  
y de ellas suelen hablar  
los que quieren demostrar  
que hablan de lo que no entienden?

—  
Mire usted, señora mía,  
nada de esto es poesía  
ni á mi estilo se acomoda  
y es más, esta algarabía  
está pasada de moda.

—  
Y pues resulta tan viejo  
pedir versos y canciones;  
escuche usted mi consejo:  
Cósase su zagalejo  
y rece sus oraciones!

LUIS GONZÁLEZ LÓPEZ.

### EL MONIGOTE

(BOCETO)

El reloj de la cervecería señalaba las doce y media.

Yo había apurado mi vaso de cerveza, leído dos ó tres periódicos, y después de reflexionar sobre lo monótono de esta vida, empezaba ya á fastidiarme, cuando oí á mi lado una voz, que me recordó la que sale del pie de esos perritos de cartón con que juegan los chiquillos, que me decía: ¿quiere Vd. fósforos?; me volví enseguida y pude contemplar á mi lado el cuerpo más exiguo y raquitico que he visto en mi vida.

Era este el de un niño, como de cinco á seis



— Mamá, ese caballero ¿es tu padre?  
— No, hija.  
— Pues entonces ¿porqué te ha dicho al pasar: adiós, nena mía?



—¡Vete por el amor de Dios! ¿qué ha llamado mi marido!  
—También es bien grosero. Precisamente ahora que estábamos en el *vermouth*.

años, que llevaba pendiente de su cuello por un cordel, un cajoncito con diez ó doce cajas de cerillas.

Su cuerpecito se doblaba bajo este peso.

Tenia su cara una expresión tal de gravedad que recordaba la cómica seriedad del mono, y todo el aspecto de un autómatas; sus párpados se abrian y cerraban con una regularidad que me chocó. Llevaba envuelto el cuello en un pañuelo de lana, una gorra metida hasta el cogote le cubria la cabeza y un vestido de percal azul el cuerpo.

Estábamos en Diciembre y hacia un frío escesivo; así, pues, no os estrañará que verle tan mal arropado me causara esa impresión de frío que nos produce la vista de una estatua desnuda, azotada por el viento y la lluvia de un día tempestuoso.

Miréle fijamente un rato, hasta que por fin el muchacho, tomando mi actitud por indecisión, volvió á ofrecerme su mercancía. Saqué entonces una moneda de cobre y se la puse en la mano.

Acostumbrado, por lo visto, á que le compraran sin siquiera hablarle, guardó la moneda, cogió una cajita de las que llevaba y me la entregó.

No, le dije yo, si no quiero fósforos; esto es para tí.

El pobre niño quedóse con la caja en la mano y miróme asombrado con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

¡A qué poca generosidad estaria acostumbrado!

Dejó la cajita entre las otras y, animado, sin duda, por mi liberalidad, me preguntó si le quería dar agua. Llené mi copa y se la di; cogióla con ambas manos, se la llevó á la boca y bebióse toda el agua que contenía, con verdadera avidez.

Después, dejó la copa sobre la mesa, empuñándose sobre las puntas de los pies, y quedóseme mirando, siempre con el mismo aire de asombro.

Dijele que se acercara, y cogiendo entre las mias sus enflaquecidas manos, me puse á contemplarle más atentamente. Unas escoriaciones que tenía en las mejillas denunciaban su constitución débil y enfermiza, y por el calor de sus manecitas y la sequedad de su piel, conocí que tenía fiebre. No movía la cabeza hacia los lados, conservaba el cuello siempre rígido. Levanté un poco el pañuelo que le envolvía y vi debajo de la oreja izquierda la repugnante manifestación de una de esas terribles enfermedades que produce el vicio y que, por lo tanto, á su edad no podia haberla adquirido aquel niño por sus propios actos.

¡Era sin duda la única herencia que recibiría de sus padres!

—¿Cómo te llamas? le pregunté, por preguntarle algo.

—En casa me llaman Juan; en la calle los otros muchachos me llaman el *Monigote*.

Habia verdadera congruencia entre este apodo y la persona que lo llevaba. (Y perdonadme que llame personas á esos seres que no tienen de estas mas que los deberes y ninguno de los derechos).

—¿Tienes padre?

—Sí.

—¿De qué trabaja?

—De nada.

—¿Y tu madre?

—No tengo madre

—Escucha, ¿dónde duermes?

—Muy mal, contestó no entendiendo ó evadiendo mi pregunta.

—¿Porqué?

—Porque tengo mal aqui, dijo señalándome su costado derecho.

—¿Cuántas cajitas de esas has de vender cada día?

—Todas las que me dan.

—¿Y si no las vendes?

—Me pegan.

—¿Quien? ¿tu padre?

El niño me miró y no contestó. Estoy seguro que se daba vergüenza de decir que su padre le pegaba.

Al llegar aquí cansado ya de mi interrogatorio y como animado de un súbito pensamiento desasió de mis manos las suyas, con inseguro paso se dirigió hacia la puerta, abriola trabajosamente... y la miserable silueta del *Monigote* se desvaneció en la sombra que llenaba la calle solitaria y fria,

JOSÉ DANUEZA REDOMA



El Sr *Revu*, que es el mismo Ramón Escaler que viste y calza, me ha puesto en caricatura en *El Chisme*.

Yo ya sé lo que ha sido.

El propietario de ese semanario, que segun me han dicho es un buen señor que lo mismo da una reunión *high life* que edita un periódico pornográfico, le ha dicho:—Ramón *Revu*, póngame V. á Ortiz en caricatura.

Y ha venido Escaler y ¡zas! en cuatro rasgos ha hecho al difunto conde de Toreno, ó á Pepa la Frescachona, ó al P. Claret... porque aquel individuo se parece á este cura (á mí, no al P. Claret) como un huevo á una castaña.

A mí me es indiferente andar en los papeles porque ya estoy hecho á alfilerazos; pero debo decir al propietario de *El Chisme* que no entiende sus intereses.

Si en vez de dedicarse á *engrescar* chiquillos, viejos y mujeres histéricas como lo ha hecho hasta aquí con gran aplauso de la madre Venus, se dedica á llenar los santos de *El Chisme* con figuras como la mía, se le va á espantar la parroquia.

Créame ese buen señor, cuyo nombre no inserto aquí porque me da lástima, continúe como hasta ahora; su misión es casi indispensable mientras haya conservadores.

Con periódicos como *El Chisme* es como se llenan los templos del amor, que no dejan tambien de pagar su contribución.

Solamente que los reglamentos de Higiene deben ensancharse. Porque además de las amas y las niñas ha aparecido una nueva clase: la de los *engrescadores*.

\*\*

En S. Fernando se ha constituido una sociedad denominada «Jóvenes desesperados.»

¿Para cuándo la de los «Viejos aburridos?»

El Sr. Planas y Casals, hermano del *Pantorrillas* barcelonés, ha defendido con tal coraje el acta de Igualada, que al ir á sentarse luego en el banco, se sentó en el suelo.

Con este motivo dice un diario que el Sr. Planas y Casals ha dado golpe.

¡Y tanto!

Como que de resultas tiene un *carrillo* hinchado.

La Exposición de Bellas Artes que vamos á celebrar aquí tiene visos de ser muy pobre.

Solo concurren los *rehusados* en Francia y los apurados de España.

Así es que habrá pocas entradas.

Yo ya sé el medio de atraer concurrencia á la citada Exposición.

Que el Sr. Coll y Pujol destine un local á exponer la colección de los periódicos pornográficos que se han publicado durante su mando.

Nos llama la atención—no es que protestemos—que ahora en casi todas las esquelas de defunción ponen el *reclamo* de «Ha recibido los santos sacramentos», refiriéndose al muerto.

Y á veces, dada la vida que llevó el difunto, choca.

Pero en fin, en todas partes salta un Ayer, un Audet, un Garrido ó un Barnum.

El Sr. D. Alejandro Pidal ya ha empezado á ejercer sus funciones de Presidente del Congreso.

El otro día promovió un escándalo insultando á las minorías.

Pero eso no ha sido nada, según la opinión de los conservadores.

Porque lo que decía uno de ellos que tenía el fósforo encendido:

Si hay un barullo infernal  
en el salon del Congreso,  
¿qué tiene que ver con eso  
D. Alejandro Pidal?

## MISCELANEA

En un tribunal.

El presidente al acusado:

—No solo le asesinó V., sino que tuvo valor de darle catorce puñaladas. ¡Catorce!

—Señor; solo pensaba darle trece, pero como es número fatal...

Un hombre casado viaja con su mujer y su suegra.

—¿Le molesta á V. el humo del cigarro?—pregunta el yerno á la mamá política.

—De ningun modo. Me gusta muchísimo.

—¿Si? Pues entonces no fumo.

Un desconocido viene á saludarnos en la calle afectuosamente,

—¿Calla? ¿Eres tú?—nos dice.

—No; no soy yo; le contestamos.

En un despacho de billetes para los vapores de Mallorca.

—Dígame V. ¿qué clases de pasajes hay?

—De primera, segunda y tercera.

—¿No hay de otra clase?

—Sí, de cerdo; pero éstos van sobre cubierta.

—Pues déme V. un pasaje sobre cubierta.

## Soneto

El Sol que asoma por el claro oriente,  
besa anhelante la risueña aurora,  
y el oro que en sus besos atesora,  
cae convertido en polvo reluciente.

La flor sacude la escarchada frente,  
y abriéndose á la luz que la colora,  
recibe con sonrisa seductora,  
del Sol lascivo, el beso incandescente.

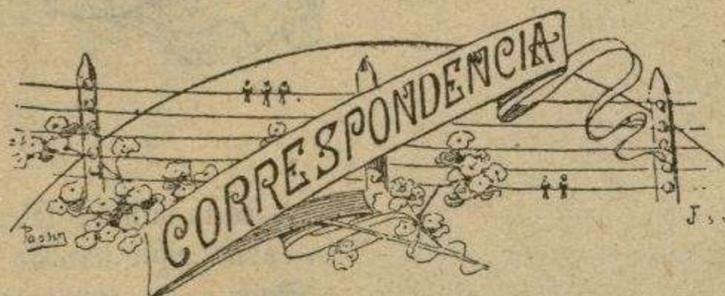
Besa el aura el clavel que la embelesa,  
besa el arroyo al mar, la luz al día.

¡Son de infinito amor raros excesos!

Ya ves que todo en la creación se besa...  
y si todo se besa, niña mía,

¿porqué ni tú ni yo nos damos besos?

JOSÉ TRULLÁS P.



J. D. R.—Va. En ese género hay que tener cuidado, porque puede caer uno en la trivialidad.

M. Panes.—V. me escribe cosas tan incoherentes que no acierto á descifrarlas. Solo he entendido aquello de: ¡Ay! ¡cómo os vayais al río! ¡A quincenas me lo habeis de pagar!

E. G.—«Los pequeños y efímeros ensayos de su exígua imaginación» no son publicables.

B. L. R.—Madrid.—No son publicables porque no tienen nada de extraordinario. Por lo general no ponemos cantares, sino cuando anda escaso el original.

E. G. C.—Valencia.—Puede ser que se inserte. ¡Vaya un majó! aunque la idea no es nueva. Lo mismo pasa con los epigramas, que son flojitos.

J. M. P.—Madrid.—No es publicable.

Cucufate.—Los recibí, y creo que hay algo en la imprenta.

B. E. A.—Logroño.—El asunto no me gusta, y el desarrollo está descuidado, pues unas veces pone V. un asonante en dos ó tres estrofas seguidas, luego lo cambia, luego vuelve á empezar; un poco de atención, hombre, que V. tiene condiciones.

F. T.—¡Ay, otra vez!

I. M. F.—Lo mismo digo.

S. L.—Madrid.—Nada sirve.

A. T.—Valencia.—Recibi la suya. Bueno.

M. A.—Madrid.—Lo pongo en cuarentena, sin responderle á V. de sí lo publicaré.

A. M.—Madrid.—Tampoco vale el epigrama.

E. M.—Pero ¡hombre! qué malo y qué sucio es eso.

J. P.—¡Al demonio se le ocurre dar un curso de Mitología en un semanario festivo!

Artañan.—Eso no lo levanta el mismo Porthos.

Veleta.—Irán algunas coplas.

F. C.—Madrid.—Debo haber perdido la composición que V. dice, porque no la encuentro. Por mí puede V. publicarla en otro periódico.

S. L.—Pondré la miscelánea, arreglada.

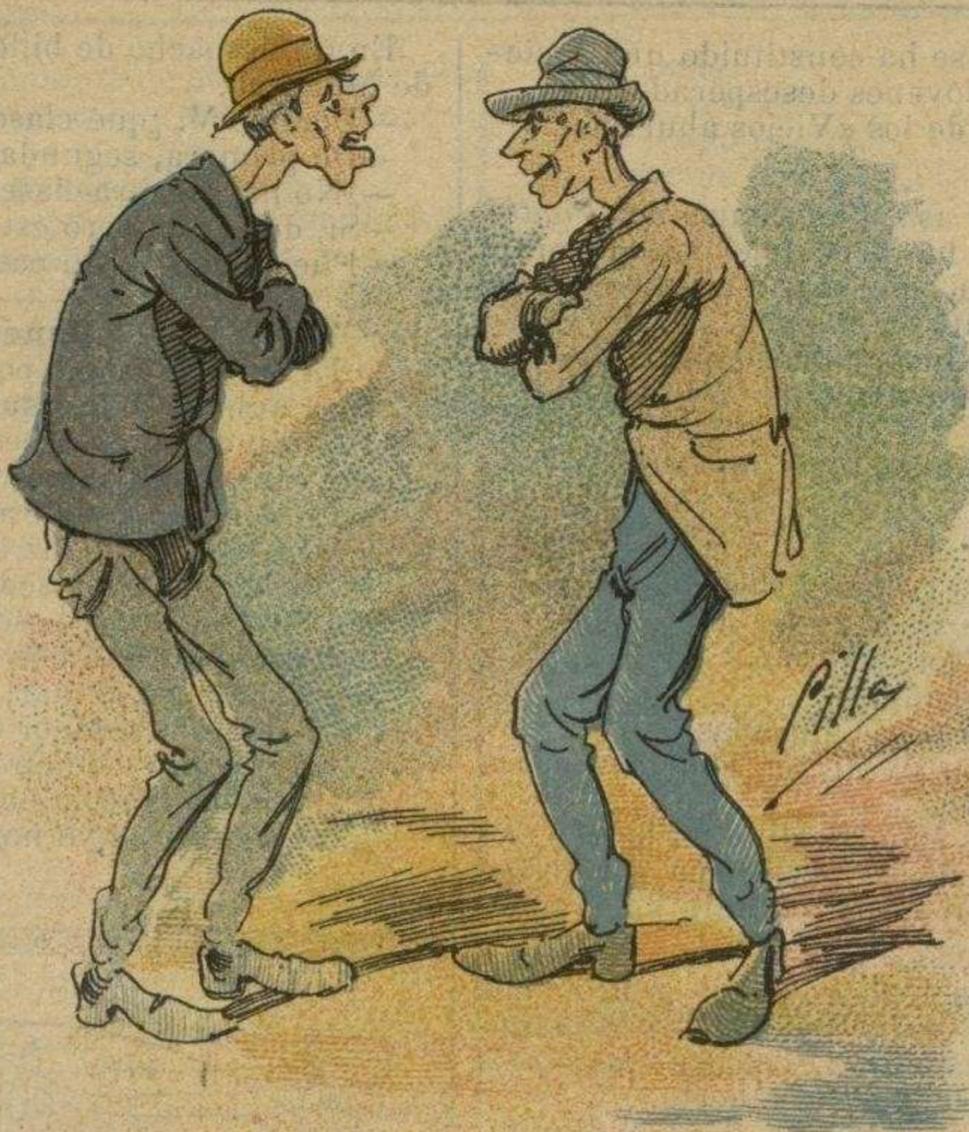
Pimpiela.—El soneto arreglado puede ser que vaya.

F. C.—No es que haya pretexto para no publicarlas, es que son malitas. Y si no, vea V. cómo empiezan:

Antes que tú partas  
feliz amante  
he de explicarte,  
mi condición.

Eso no tiene explicaderas posibles.

Todo lo demás que se nos ha enviado no sirve.



Ante la subida del pan, del aceite, del vino y de la carne, ¿qué han de hacer los *capitalistas*?  
Pues nada, cruzarse de brazos como hacen estos dos.

ANUNCIOS

**LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO**  
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.  
Cada tomo 15 céntimos en toda España.  
Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.  
Precio de cada tomo: 15 céntimos.  
Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.  
Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

**CUIDADITO CON ESTO**

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.  
Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.  
Van publicados 42 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez.— Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.